

ENTRE LA ENTELEQUIA Y EL MITO: LA TRAICIÓN DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y DE SU REFORMA AGRARIA

ERNESTO MÄCHLER TOBAR*

ernesto.machler@u-picardie.fr

Université de Picardie Jules Verne, Amiens, Francia

La risa de los pobres, cuando de tarde en tarde se ríen, parece mueca de dolor.

José Rubén Romero**

Cuando el ladino se acuerda del indio es para acabarlo.

Rosario Castellanos ***

RESUMEN La Revolución Mexicana de 1910 exigía entre sus principales reivindicaciones la recuperación de las tierras expropiadas a los indígenas y campesinos y una reforma agraria consecuente. Sin embargo, una vez promulgada la Constitución de 1917, la reforma fue escasa y lentamente aplicada. Esta traición de la Revolución es perceptible ya en los documentos periodísticos de la época (Reed, Flores Magón), en los testimonios (Pedro Martínez, Juan Pérez Jolote), y luego, en la vasta producción literaria (Azuela, Campobello, Castellanos, Romero, Rulfo).

PALABRAS CLAVE:

Revolución Mexicana, reforma agraria, periodismo, testimonio, novela.

DOI: <http://dx.doi.org/10.7440/antipoda15.2012.06>

* Doctorado en Literatura, Université de la Sorbonne Nouvelle Paris III.

** Romero (1970: 189).

*** Castellanos (2003: 253).

**BETWEEN ENTELECHY AND MYTH:
THE BETRAYAL OF THE MEXICAN
REVOLUTION AND ITS LAND REFORM**

ABSTRACT Two main demands made during the 1910 Mexican revolution were the return of lands stolen from the Indians and farmers, as well as a comprehensive land reform. Notwithstanding, once the 1917 Constitution was proclaimed, the land reform was carried out very slowly. I analyze this betrayal of the revolution as depicted in journalistic documents of the time (Reed, Flores Magón), testimonies (most notably Pedro Martínez, Juan Pérez Jolote), as well as the huge literary production about the revolution, especially the novels (Azuela, Campobello, Castellanos, Romero, Rulfo).

KEY WORDS:

Mexican Revolution, Land Reform, Journalism, Testimony, Novel.

**ENTRE A ENTELÉQUIA E O MITO: A
TRAIÇÃO DA REVOLUÇÃO MEXICANA
E SUA REFORMA AGRÁRIA**

RESUMO A Revolução Mexicana de 1910, dentre suas principais reivindicações, exigia a recuperação das terras expoliadas dos indígenas e camponeses e uma reforma agrária consequente. No entanto, uma vez promulgada a Constituição de 1917, a reforma foi aplicada lenta e parcamente. Esta traição da Revolução já se notava nos documentos jornalísticos da época (Reed, Flores Magón), nos testemunhos (Pedro Martínez, Juan Pérez Jolote) e depois na vasta produção literária (Azuela, Campobello, Castellanos, Romero, Rulfo).

PALABRAS CHAVE:

Revolução Mexicana, reforma agrária, jornalismo, testemunha, romance.

ENTRE LA ENTELEQUIA Y EL MITO: LA TRAICIÓN DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y DE SU REFORMA AGRARIA

ERNESTO MÄCHLER TOBAR

LA EXPOLIACIÓN DE TIERRAS es un *black hole*. Como un gigantesco costal sin fondo, descosido, en el que el blanco coloca las tierras que le roba al indio y al campesino. Desde la llegada de Cristóbal Colón, conquistadores, terratenientes y colonos se han ido apoderando de la tierra del indígena mediante victorias militares, asesinatos, robos, límites ignorados o trasladados, encomiendas, falta de títulos de propiedad, invasiones, leyes, compras engañosas, sibilinas manipulaciones. Y el indio continúa reivindicando su derecho a la tierra, persiste exigiendo que se le devuelva lo que le pertenece y le permite sobrevivir. En Latinoamérica, la sociedad contemporánea sigue multiplicando sus esfuerzos para hacer del indígena un ciudadano integral, aunque sin lograrlo realmente. Incluso, ha destacado en sus nuevas constituciones (última década del siglo XX) su carácter de sociedades multiétnicas y pluriculturales. Sin embargo, la patente realidad muestra que, a pesar de ciertas excepciones, el indio continúa siendo considerado por la mayoría de la población de manera peyorativa, como un ser inferior cercano a la animalidad, de limitada inteligencia. Pero lo que realmente lo caracteriza y pauperiza es la carencia de tierras, que son ahora el sitio de trabajo de un indígena proletarizado y, por ello, relegado al límite de la sociedad.

La Revolución Mexicana, que marca de manera indeleble la historia del siglo XX dejando una cicatriz que no se ha borrado, se hace, entre otros factores, buscando una repartición de tierras más equitativa. Pero una vez triunfante, la reforma agraria se efectúa primero tímidamente, luego con lentitud, y al final se olvida y se extrae de la Constitución. Es traicionada por quienes la recuperaron. Es evidente que un evento histórico de esta magnitud no podía dejar de generar una serie de reflejos artísticos de variada índole: pictóricos, como la gran epopeya del muralismo (David Alfaro Siqueiros, Diego Rivera y José Clemente Orozco, por

ejemplo); musicales (Silvestre Revueltas, Carlos Chávez, Julián Carrillo y Manuel Ponce) y literarios. Nos interesa centrarnos aquí en los reflejos literarios de esta traición, gracias a una serie de visiones episódicas de la Revolución. Curiosamente, el caso mexicano y su Revolución son únicos en América Latina, y ello particulariza su literatura. La primera novela publicada, *Los de abajo* (1916) de Mariano Azuela, se lanza en la práctica en medio del combate¹.

Estudiaremos este fenómeno a través de varios ejemplos. Primero, por medio de una serie de documentos “objetivos”, producto, por un lado, de periodistas: John Reed, Porfirio Barba-Jacob y Ricardo Flores Magón; y por el otro, de los testimonios de los indígenas Juan Pérez Jolote y Pedro Martínez. Posteriormente veremos la ficcionalización de la Revolución, lo “subjetivo”, a través de las obras de Mariano Azuela, Nellie Campobello, Rosario Castellanos, Gregorio López y Fuentes, Francisco Rojas González, José Rubén y Juan Rulfo. Si bien hay aspectos que se repiten, lo que era de esperarse, la constatación de una traición es evidente para estos autores, varios de los cuales participaron en la Revolución durante su juventud o niñez, y, una vez rotos los sueños, recurrieron a la literatura para dejar constancia y memoria. La llamada novela de la Revolución y los testimonios asociados son muy variados; hemos seleccionado algunos ejemplos, acaso de manera personal y aleatoria, que, no obstante, consideramos que permiten analizar un panorama suficientemente representativo.

DE LA PRESIÓN SOCIAL EN AUMENTO²

Desde mediados del siglo XIX México conoce radicales cambios que van a modificar su devenir histórico: ha perdido poco más de la mitad de su territorio por la invasión estadounidense, ha sufrido la ocupación francesa y la imposición de su emperador Maximiliano de Habsburgo (1832-1867), y conoce la muy larga permanencia en el poder (1876; 1877-1880; 1884-1911) del general Porfirio Díaz (1830-1915). A principios del siglo XX, este país se halla a medio camino entre una atrasada sociedad rural, de carácter prácticamente feudal y plagado de vestigios coloniales, y los albores de una sociedad urbana, con claros inicios de modernización e industrialización propugnados por la dictadura de Díaz. Sin contar la población indígena, el proletariado campesino (mezcla de peones, ejidatarios y rancheros) es ampliamente mayoritario, y representa un 70% de la población mexicana.

1 Mariano Azuela había publicado en 1911 una novela, *Andrés Pérez Maderista*, en la cual evoca el período de oposición de Francisco Madero a la presidencia de Díaz.

2 Para una información más completa sobre el desarrollo de la Revolución Mexicana, ver Jacqueline Cobo-Maurice (1999), Adolfo Gilly (1995), Leslie Manigat (1973), Jean Meyer (2000 y 2010), Jesús Silva Herzog (1977) y John Womack (2000), entre muchos otros.

En México, el Porfiriato implicó ciertamente un crecimiento económico significativo, pero al mismo tiempo incrementó la desigualdad y el descontento sociales. En el sector agrícola la mano de obra era explotada de manera inmisericorde, en una condición cercana a la esclavitud, sirviéndose para ello de la tienda de raya (o peón acasillado) y su sistema de endeude tramposo, permanente y hereditario. El analfabetismo marca de manera evidente la realidad política; como consecuencia, en un país cercano a los 15 millones de mexicanos, apenas 20.000 personas pueden ejercer el derecho al voto. La inhumana concentración de propiedad de tierras hacia 1900 ha alcanzado ya límites insostenibles. El 20 de noviembre de 1910 estalla la Revolución Mexicana, un proceso extremadamente complejo que implica tanto raíces históricas como problemas internos de carácter social y económico³.

Francisco Ignacio Madero (1873-1913), potentado e hijo de terratenientes, se presenta a las elecciones de 1911 utilizando como eje de su campaña el eslogan “Sufragio efectivo, No reelección”; pretende así impedir otra ronda al dictador Díaz. Sin embargo éste, a pesar de su debilidad política, vuelve a ser elegido, y envía a prisión a Madero. Después, éste, y gracias a una serie de apoyos, logra ser presidente de México. Se editaron medio millón de ejemplares de su programa *Plan de San Luis*, que inspirará en parte la Constitución de 1917. Madero es asesinado por el general Victoriano Huerta (1845-1916), su mano derecha, y quien ocupará el cargo entre 1913 y 1914. La historia se llena, a partir de ese momento, de grandes figuras cercanas al mito: Emiliano Zapata (1879-1919), el Atila del Sur; Francisco “Pancho” Villa (1878-1923), el Centauro del Norte; Pascual Orozco (1882-1915), y tantos otros que arrastrarán tras de sí el descontento popular. Comienza así una serie de asesinatos en cadena en medio del caos total: hay demasiados intereses y alianzas en juego. Una fecha convencional para marcar el fin de esta rebelión se sitúa en 1919, asesinato de Zapata, o 1920.

En medio de las brasas de esta Revolución se desarrolla la guerra de los Cristeros o “Cristiada”, que cubre de 1926 a 1929, y que tal vez pueda ser considerada una especie de contrarrevolución. Si bien la Constitución de 1917 le otorgó a la Iglesia el poder de administrar a sus clérigos, el Estado realmente propugnaba una política antirreligiosa. La Iglesia responde con una huelga de culto que será el detonador de este segundo período violento de guerra civil. Muy significativas son las declaraciones del ministro del Interior a mediados de 1926: “La religión es un asunto inmoral que hay que reglamentar como la

3 Es tan complejo este proceso revolucionario que Leslie Manigat llama “intento de explicación” un apartado de su presentación (Manigat, 1973: 180). Las exégesis son tan variadas como las ideologías políticas de los historiadores y ensayistas. Por otro lado, hay que insistir en que gran parte de la información hasta hace pocos años era de procedencia oficial, bajo control del PRI. La historia la escriben los vencedores, o los recuperadores, en nuestro caso.

cirugía dental” (Meyer, 2010: 167). El manejo poco hábil por parte del Gobierno termina incendiando la rebelión: mientras las élites discutían, el pueblo se masacraba. Los Cristeros se desplazaban al grito de “¡Viva Cristo Rey y viva la Virgen de Guadalupe!”, liderados principalmente por José Velasco Delgado y José María Ramírez⁴. El Gobierno trata de servirse de los agraristas, campesinos beneficiados por el reparto de tierras, para combatir a los Cristeros. Por el lado de la Iglesia, si bien los sacerdotes en los pueblos azuzaron al campesinado a combatir, la jerarquía del Vaticano, interesada en una política práctica y poco agresiva, nunca apoyó a los Cristeros, optando por una resistencia pasiva; en una de sus pastorales incluso aclara que pretendía “una amistosa separación entre la Iglesia y el Estado” (Esparza, en línea). Lynch sostiene que esta actitud implica que Roma “ya estaba convencida de que la fuerza armada no llevaría a buen puerto y comprometería a la Iglesia en un futuro” (Lynch, 2000: 120). Es más, tan pronto como los Arreglos entre los representantes de la Iglesia mexicana y el Estado se firmaron, los obispos ordenan deponer las armas; los Cristeros desarmados serán fáciles víctimas de masacres, en venganza.

142

Curiosamente, una de las consecuencias inmediatas de esta guerra fue una crisis agrícola: muchas haciendas quebraron, ya fuera debido a la pérdida de cosechas, o a la imposibilidad de su recolección. Las exportaciones descienden de manera alarmante: el maíz conoce una baja del 25% y el frijol del 50% (Meyer, 2010: 182). Estas haciendas van a formar parte de las tierras distribuidas durante los años treinta. Sin embargo, paradójicamente durante la Revolución la economía mexicana global experimenta un crecimiento notorio, ayudada por la época dorada de las exportaciones mineras y petroleras; para 1921 estas últimas conocen un pico de producción de 193 millones de toneladas (Manigat, 1973: 212), y en 1922 representan ya un 26% de la producción mundial (Meyer, 2010: 121).

DE CÓMO SE TRAICIONA UNA REVOLUCIÓN

La Revolución se hizo por y para los desfavorecidos que peleaban por una justa reforma agraria, y que pagaron por ello un alto precio humano. Las cifras difieren entre uno y dos millones de muertos para el período que va de 1910 a 1920; parte de esta pérdida demográfica es igualmente imputable a la hambruna, a partidas hacia el exilio, muerte por enfermedades (pandemia de gripa española de 1918)

4 Los combatientes son apoyados por la población civil y por grupos como la Acción Católica Mexicana, que escondía a los sacerdotes perseguidos y ayudaba a organizar las catequesis. Interesante, desde este ángulo, ver la película *The Fugitive* (1947) de John Ford, aunque en ella no se aclare expresamente que estamos en México; lo que sí es claro en la novela original de Graham Greene. Para coordinar su indispensable ayuda, las mujeres se unieron formando las Brigadas Femeninas Santa Juana de Arco.

y disminución de la natalidad⁵. Las clases medias, en especial los militares y abogados, se encargan de recuperar el triunfo de la Revolución, y tratan de legitimar así sus aspiraciones de poder. Triunfa la Revolución y ¿qué se distribuye? ¿Quiénes distribuyen? Las promesas del Estado no se cumplieron y la realidad está muy lejos de las propuestas oficiales. Se calculan en 70 millones las hectáreas distribuidas. Ciertos autores, como Karla Bobinska, avanzan una cifra de 52,2 millones de hectáreas entre 1915 y 1965, que beneficiaron a 2,3 millones de campesinos (Bobinska, 1972). Arturo Warman propone una cifra de 100 millones de hectáreas, repartidas entre 1911 y 1992; ello implica aproximadamente la mitad del territorio mexicano. Se establecieron cerca de 30.000 ejidos, en los cuales la tierra otorgada lo es exclusivamente en usufructo; el Estado continúa siendo el propietario inalienable. Tal distribución implicaría tres millones de cabezas de familia beneficiadas (Warman, 2003). Las tierras comunales y sus trabajadores enfrentan gran dificultad para conseguir créditos, comprar maquinaria agrícola o fertilizantes, y sufren de la inseguridad generada en la cotidianidad por la carencia de títulos de propiedad⁶. Si bien existen ciertas diferencias entre el ejido y las comunidades indígenas, el Gobierno siempre los ha tratado como equivalentes; en el caso de las comunidades, ellas son oficialmente propietarias de la tierra. No obstante, es curioso constatar que los estados donde hay una mayor concentración de ejidos corresponden a aquellos en los cuales hay mayor cantidad de población indígena⁷. Es entonces cuando se insiste en “mexicanizar” al indígena para integrarlo a la sociedad productiva oficial (Mejía Piñeros y Sarmiento Silva, 1987: 38). Lázaro Cárdenas lo anunció claramente durante el Congreso Indígena de Pátzcuaro: “La solución al problema indio no es dejar al indio indio, ni indianizar a México, sino mexicanizar al indígena” (Deverre, 1980: 7). Dicho de otra manera, asimilarlo: se borra la diferencia entre indígena y campesino.

¿Cómo se distribuyeron las parcelas durante los diferentes períodos? Recordemos que la repartición de tierras será utilizada por el Gobierno, que desea estructurarse y legitimarse, como medio de control para mantener la presión sobre el sector agrario y los campesinos, blandiendo la esperanza de una distribución⁸. Álvaro Obregón (1920-1924) repartió aproximadamente 1,2 millones de hectáreas a 140.000 campesinos; por otro lado, impulsó la titularización de los trabajadores que llevarán más de veinte años ocupando un

5 Ponce sostiene que los muertos representan un 6,4% de la población, y que los emigrados alcanzan la cifra de 300.000 (Ponce, 2009: 51). Manigat, por el contrario, presenta cifras más bajas, entre 200.000 y un millón de muertos (Manigat, 1973: 214).

6 A finales de los años cincuenta solamente un 15% de los ejidatarios tienen acceso a los créditos bancarios.

7 Los estados centrales de Tlaxcala, Puebla, México, Michoacán, Hidalgo y Morelos concentran el 70% de los ejidos (Bobinska, 1972).

8 Pozas y Pozas insisten en este aspecto de control (1982: 74 y 136-137).

terreno; propuso la repartición de terrenos no utilizados, a la vez que exigió la desaparición de la tienda de raya. Para Plutarco Elías Calles (1924-1928), la reforma agraria representó apenas un interés por incrementar la producción agrícola para consumo interno, pues había disminuido de manera angustiante la producción de alimentos. Se opuso así una agricultura de subsistencia (rotación de cultivos y utilización de semillas nativas, uso de la tracción animal y de los abonos orgánicos), a una agricultura destinada a la exportación. Esta oposición tuvo rápidas consecuencias: el maíz, por ejemplo, sufrió una pérdida de un 34% en la producción total (Meyer, 2010: 149). Bajo Lázaro Cárdenas (1934-1940) se repartieron 18 millones de hectáreas, que beneficiaron a 810.000 cultivadores; se impulsó igualmente un plan de autosuficiencia alimentaria, en especial para garantizar los medios de subsistencia a las ciudades que conocían un acelerado crecimiento. El balance para 1934 implica ya unos 10 millones de hectáreas, lo que representa un 10% de la tierra cultivada, y que beneficia a un 10% de los campesinos y conlleva la aparición de cerca de 4.000 ejidos (Meyer, 2000: 175). Sin embargo, los mismos agraristas se resienten de la reforma agraria por considerarla una “intrusión del Estado”, ya que el resultado patente es una destrucción de la solidaridad local (Meyer, 2010: 159). Al pasar del ejido, que se cultiva de manera comunitaria, a las parcelas personales, que son asunto apenas de una familia, por muy extendida que ésta sea, dicha solidaridad es la primera afectada. Cárdenas sellará arreglos con los Yaquis de Sonora (en el período 1937-1939), creando una reserva que les permite conservar sus tierras comunales y beneficiarse del agua necesaria para su irrigación; lo que pretendía realmente al firmar los *Acuerdos* era pacificar la región. La tierra será trabajada en “sociedades agrícolas”; sin embargo, los terrenos otorgados son de pésima calidad y difícil cultivo (Gouy-Gilbert, 1983: 147).

En los años 1930, y buscando una necesaria modernización, México opta por la política económica conocida como ISI, es decir, una industrialización que intenta nacer de una substitución de importaciones. Esta modernización va a traer como consecuencia un proceso creciente de desigualdades económicas y sociales. En el decenio de 1930 a 1940 las mejores tierras serán confiadas a las haciendas, mientras se busca que la pequeña propiedad tenga una superficie media de 100 hectáreas. Entre 1940 y 1956, el sector agrario sigue siendo prioritario en el PIB, pero conoció una caída importante en su participación entre 1956 y 1970.

El presidente Miguel Alemán (1946-1952) apuesta por la llamada “Revolución Verde”, que ofrece la primacía al sector agrícola privado, en lugar de privilegiar la propiedad comunal agrarista (Vézina, 2009). Se desarrolla así la economía, pero se traba la mejora de las condiciones sociales. Alemán privilegia la

producción para la exportación, en detrimento de la producción de subsistencia: todas las infraestructuras elaboradas por su gobierno durante ese sexenio fueron aprovechadas casi exclusivamente por la primera. La disminución de superficie de las parcelas como resultado de las herencias incrementa la presencia del minifundismo y genera una migración significativa hacia las fuentes de trabajo en las ciudades, con la consecuente pauperización del campo. En el fondo, las propuestas de Alemán no se alejan mucho de aquellas impulsadas con el mismo objetivo por Porfirio Díaz. El círculo se ha cerrado, y la traición es completa. Hacia 1960, la propiedad privada capta un 61% de las propiedades; los ejidos sólo un 26,3%. Las medias nacionales certifican que 50% de la tierra cultivada privada (no ejidal) está en manos de apenas 1,3% de las haciendas; 77% de los propietarios poseen sólo el 11% de la tierra cultivada (Bobinska, 1972). Es necesario, no obstante, tener en cuenta que hay grandes variaciones internas, según los estados.

Los presidentes posteriores van a encargarse de disminuir todavía más, por no decir anular, la velocidad de esta reforma, incluso llegando a afirmar que el Estado carece de tierras para repartir. Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) intenta relanzar tímidamente la reforma agraria, mientras que José López Portillo (1976-1982) distribuye un total de 15 millones de hectáreas; un 90% de ellas es prácticamente inutilizable desde el punto de vista agrícola (Rouquié, 1998: 398). Es evidente que la reforma, por la manera en que se aplicó en México, presenta una fuerte tendencia a crear minifundios. En 1980 se acaban oficialmente los subsidios para el sector rural. Y en 1992 la reforma de la Constitución, en especial del artículo 27, donde se centraba la reforma agraria, busca detener el crecimiento del minifundio: se privatiza el ejido y se destruyen las comunidades agrarias indígenas. La tierra otra vez se ha concentrado en pocas manos, lo que coadyuva a propulsar nuevamente la migración rural hacia las ciudades, en busca de trabajo, incrementando los cinturones de miseria.

Valga la pena acotar aquí el vital impulso que se dio a la educación en los años posteriores a la Constitución de 1917. Entre los cambios más importantes hay que destacar el papel de los maestros ambulantes, inspirados en los misioneros franciscanos. José Vasconcelos (1882-1959) logró que el Estado otorgara algo más del 10% del presupuesto para desempeño educativo. Él y Manuel Gamio, de la Dirección de Antropología, impulsaron una crucial revitalización del pasado indígena. En 1920 nació la Secretaría de Educación Pública (SEP), que estableció no sólo escuelas para indígenas, intentando castellanizarlos e integrarlos a la nación, sino las Casas del Pueblo, que buscaban un lugar de interacción entre la escuela y la comunidad (Fell, 1989). Igualmente, se intentó frenar la migración hacia las grandes ciudades. Se crearon el Departamento de Cultura y Educación Indígena (en 1921) y el Departamento de Escuelas Rurales

de Incorporación de la Cultura Indígena (en 1925)⁹, que propugnaron una revaloración de lo indígena y concedieron a sus manifestaciones el estatuto de valor estético válido. Pero se sigue intentando confundir al indio con el campesino, y escuela rural deviene entonces sinónimo de escuela indígena.

DE LA VOLUBLE INFORMACIÓN DE LOS PERIÓDICOS

Dejemos por el momento de lado la historia, la economía y lo social, y pasemos a considerar algunos reflejos de la Revolución, ya sean periodísticos, testimoniales o literarios. La velocidad a la que deben trabajar los periodistas presenta un aspecto más vivo, evolutivo y, por cierto, cambiante de la Revolución; la visión puede irse formando a lo largo del tiempo, a medida que los eventos contribuyen a modelar la realidad. No existe, es cierto, la necesaria distancia histórica para el análisis del fenómeno, pero permite medir el pulso de la acción. De padre indígena, el anarquista Ricardo Flores Magón (1873-1922), como sus hermanos Enrique y Jesús, es uno de los miembros de la International Workers of the World (IWW); formó parte en 1910 y 1911 de una experiencia de colonias agrícolas anarquistas en Baja California inspirada por el pensamiento de Robert Owen, y en la que participaron escritores como Jack London. No obstante, esta utopía socialista fue duramente reprimida por Estados Unidos y terminó con la expulsión de los trabajadores. Desde 1910 ya había propuesto la divisa ¡Tierra y libertad!¹⁰ Sus artículos para el periódico *Regeneración*¹¹ analizan la situación con decidida lucidez desde muy temprano. En septiembre de 1910 anuncia el horror que viene en camino y que lo arrastrará todo, invitando sin embargo a lanzarse a la rebelión:

Van a ser ustedes, los obreros, la fuerza de la revolución. Van a ser sus manos las que empuñen el fusil reivindicador. Será nuestra sangre la que manchará la tierra, como rojas flores de fuego. Si deben llorar los ojos, serán los de sus madres, sus hijas, sus esposas. Usteden van a ser entonces los héroes, van a ser la columna vertebral de este gigante de mil cabezas que se llama insurrección, van a ser el músculo de la voluntad nacional transformada en fuerza. (Flores Magón, 2004: 25)¹²

9 Mejía Piñeros y Sarmiento Silva ven en ello una manera de “campesinizar” al indígena, de acuerdo con los intereses del Estado mexicano. Poco después se tratará de “indianizar” los movimientos para evitar alianzas entre obreros, campesinos e indígenas (1987: 36-39). Pozas y Pozas insisten en que estas instituciones buscan “destribilizar” al indígena, buscando proletarizarlo (1982: 96-97).

10 Muy seguramente Flores Magón conocía la existencia del movimiento Zemlya i Vulya (Tierra y Libertad), que hacia 1876 combatía por tierras en San Petersburgo.

11 El periódico *Regeneración* tenía prohibida su circulación en México, de manera que se imprimía en Estados Unidos y entraba ilegalmente a territorio mexicano; se vendían unos 25.000 ejemplares.

12 Desafortunadamente nos ha sido imposible conseguir el original español. Esta traducción, y todas aquellas en que no se especifique lo contrario, son nuestras.

El 1° de octubre del mismo año señala el acaparamiento de tierras por parte de la oligarquía como la culpable de la pauperización que constituye el núcleo de esta revolución que promete explotar con violencia incontrolada:

De esta tremenda injusticia nacen todos los males que afligen a la especie humana al producir la miseria. La miseria envilece, la miseria prostituye, la miseria empuja al crimen, la miseria bestializa el rostro, el cuerpo y la inteligencia. Degradadas, y, lo que es peor, sin conciencia de su vergüenza, pasan las generaciones en medio de la abundancia y de la riqueza sin probar la felicidad acaparada por unos pocos. (Flores Magón [1910], en línea)

Destaca la imperiosa necesidad de que detrás del brazo armado haya una conciencia, coloreada de serenidad, porque en caso contrario el combatiente será apenas un “barco sin brújula en la inmensidad del océano” (Flores Magón, 2004: 68). Lastimosamente, las circunstancias históricas hacen que ese símbolo de vida que es la libertad se adquiera matando, pues “ella destruirá y creará al mismo tiempo, demolerá y reconstruirá” (Flores Magón, 2004: 25), y es en medio de esos escombros que brotará la nueva realidad. El papel de las mujeres es claro y decisivo para Flores Magón, y las invita a tomar parte en el combate, puesto que “si el hombre es esclavo, ustedes también. Las cadenas no hacen distinción de sexo; la infamia de la cual el hombre es objeto también es suya” y, añade, “hay que ser solidarias en la gran lucha por la libertad y el bienestar” (Flores Magón, 2004: 29). Insiste, lo que es fundamental ahora que conocemos la realidad, en que no hay que dejar que los políticos recuperen la lucha para servir a sus propósitos, y en que la tierra hay que recuperarla ahora y no después del triunfo de la revolución: “no por la aprobación de un congreso, sino por la acción directa del proletariado” (Flores Magón, 2004: 75). *Hic et nunc*. ¿De qué otra manera podía morir, sino asesinado en una prisión de Estados Unidos?

Esta época tan poco evidente de analizar se refleja igualmente en la obra de Porfirio Barba-Jacob (1883-1942), quien fue inicialmente ferviente defensor del general Díaz. Durante su vivencia mexicana, Barba-Jacob puede caracterizar primero a Zapata como una condensación o encarnación del mal, y posteriormente como un carismático líder cuyo ejemplo se debe seguir. En mayo de 1913, el colombiano publicó en *El Independiente* el artículo “¡Delenda est Zapata!”, que comienza así la descarga: “Las hordas de Emiliano Zapata han arrojado cien vidas al fondo de una barranca para darse el placer felino de aspirar el vapor de la sangre, y entregarse, airadas y sañudas, a la satisfacción bestial de las torturas dantescas” (Barba-Jacob, 2009: 47). Procede entonces a presentarlo como “un industrial del crimen. Y cubierto con el Plan de Ayala, nos produce el mismo efecto que un logrero enredado en la camisa de once varas de la

filantropía” (Barba-Jacob, 2009: 48), enviándolo directamente al patíbulo. Pero en abril de 1921, en *El Demócrata*, el ángulo con el que lo evoca en su artículo “El sacrificio de Emiliano Zapata no ha sido estéril” es totalmente contrario:

Era un caudillo de conciencia honrada dentro de la coraza de un patriotismo saludable; con su ejército de soldados agricultores admirablemente organizado, siempre luchó con elementos propios, sin recurrir a empréstitos interiores, ni a solicitar jamás la protección del extranjero; y su causa, tiros y troyanos lo reconocen después de su muerte, no fue la de la ambición, sino la del bienestar popular.

Y el gran guerrillero del sur no fue vencido por el enemigo en leal contienda bélica, fue abatido por la traición, la planta maldita que ha florecido en el seno de la patria desde la primavera de la independencia. (Barba-Jacob, 2009: 121)

Zapata no es el único en conocer estas variaciones de opinión a medida que el carisma o el éxito cambian las circunstancias o las ópticas e intereses. Villa pasará de bandido impenitente a defensor de los derechos del pueblo¹³; los otros protagonistas conocerán igual suerte. ¿Dependía su óptica del triunfo o el fracaso de los personajes históricos?

Cabalgando desarmado al lado de los insurgentes, durmiendo y comiendo con ellos, el estadounidense John Reed (1887-1920) fue enviado como corresponsal de guerra en 1911 y en 1913 por el semanario *The Metropolitan Magazine*. Por ello, atraviesa ilegalmente la frontera¹⁴ entre Presidio (EE. UU) y Ojinaga (México), de lado y lado del río Grande, y anota: “cuando crucé por primera vez la frontera, un miedo mortal se adueñó de mí. Temía a la muerte, a la mutilación, a una tierra extraña y a un extraño pueblo cuyo lenguaje y pensamiento no conocía”. Pero termina por descubrir que en conclusión, “las balas no son muy terribles, que el miedo a la muerte no es tan gran cosa, y que los mexicanos son maravillosamente simpáticos” (Reed, 1987: 187-188). Poco después retorna a Nueva York para terminar el libro de recopilación de textos que se conoce como *Insurgent Mexico* (1914). Sus artículos tienen la ventaja de ser de primera mano y escritos en medio de la acción; pretenden ser objetivos, aunque carezcan por ello de la distancia histórica necesaria para un adecuado análisis. Describen tropas combatientes vestidas de harapos, mal armadas y

13 Barba-Jacob escribió una hagiografía de Villa, de la cual se dice que se vendieron 20.000 ejemplares, pero de los que no se conserva ninguno. El colombiano sostenía que “en el general Villa existe la materia prima de un grande hombre”. Fernando Vallejo habla de dos ediciones de esa biografía, de 20.000 ejemplares cada una (Vallejo, 2008: 388). Este autor destaca igualmente el carácter variable y contradictorio de Barba-Jacob.

14 Como lo hará poco más tarde Ambrose Gwinnet Bierce (1842-1914).

peor organizadas, casi bandas anárquicas que obedecen ya sea a un caudillo, propietario de una hacienda, cual si fuera un señor feudal, ya sea directamente a un hombre, especie de mito y encarnación del descontento y sufrimiento, con grandes capacidades de aglomeración y cierto carácter paternalista, e incluso con aspiración mesiánica, como Zapata o Villa. Destaca la presencia de oficiales y mercenarios de varios países: estadounidenses, canadienses, alemanes, austríacos, franceses e ingleses, que en la mayoría de los casos no hablan el español y requieren la presencia permanente de intérpretes; algunos no son otra cosa que traficantes de armas.

Para el periodista, la tierra mexicana está hecha para ser amada y luchar por ella. Solamente así el combate adquiere sentido, en medio de la fraternidad, como explica Fernando, uno de los capitanes a cuyo lado cabalga:

Aquí estás con los hombres. Cuando hayamos ganado la revolución, haremos un gobierno de hombres, y no para los ricos. Las tierras sobre las que marchamos, son tierras de los hombres: antes pertenecían a los ricos, pero ahora nos pertenecen a mí y a mis camaradas. Mis compañeros. (Reed, 1996: 71)

Las tierras comunales han sido expoliadas en beneficio de las haciendas, con la complicidad de Díaz. Sostiene Reed que Villa, pensando como un peón, “no necesita librarse a largos razonamientos para llegar a la conclusión de que la verdadera causa de la revolución es fundamentalmente el problema de la tierra” (1996: 167). En “Carranza: una impresión”, el periodista delinea un retrato de este político como un señor feudal, acotando que “partió a la guerra de manera totalmente medieval. Armó los peones que trabajaban sus tierras y tomó la cabeza como lo hubiera hecho un señor feudal” (1996: 300). Pero una vez triunfante, Carranza mintió a los indios Yaquis que lo habían apoyado y a quienes les había prometido la tierra; por ello, escribe Reed, “si creo en las informaciones que pude recoger”, fueron vanas las promisiones, y los indígenas ya “habían vuelto a sus hogares para recomenzar su guerrilla desesperada contra los Blancos” (1996: 301). Su libro es patente testimonio de la confusión reinante entonces y del permanente conflicto de intereses sociales y personales entre los combatientes de todos los bandos. Publicado éste, viaja a cubrir como corresponsal la Primera Guerra Mundial, y escribe decepcionado: “En Europa no encontré nada de la espontaneidad ni del idealismo de la Revolución Mexicana. Era una guerra de comercios y las trincheras eran fábricas generadoras de ruina, ruina tanto del espíritu como del cuerpo, la única y verdadera muerte” (Reed, 1987: 188). Vendrá después la Revolución de Octubre...

Pese a no ser un texto periodístico sino un *récit de vie*, el testimonio del indígena Juan Pérez Jolote, *Biografía de un Tzotzil* (1952), escrito con

la complicidad del antropólogo Ricardo Pozas, aporta una visión interesante. El documento muestra bien el paso indiscriminado y obligado de un bando de la contienda a otro; como afirma Juan: “es que nos trajeron a fuerza los huertistas; y ahora que entró Carranza nos cambiamos” (Pozas, 1977: 44). Las masas indias pasan de carrancistas a huertistas, y de vuelta a carrancistas y luego a villistas; tales son el miedo y la indefensión. A pesar de su tierna edad, Juan es encerrado en la prisión por no delatar a un asesino. Cuando estalla la Revolución todos los prisioneros son enrolados, incluso los niños: “el Gobierno aceptó no sólo a los dos que lo habían pedido, sino a todos los que estábamos en la cárcel, y hasta los inválidos salieron de la prisión y salieron con nosotros” (1977: 34). La tierra está siempre asociada a la madre, a la seguridad de la permanencia: ella garantiza la transmisión, piensa Juan. Nada ha cambiado entonces, todo permanece como siempre. Si no se recupera la tierra, al menos se recobra la pertenencia al grupo de origen; a través de la repetición de los rituales y la aceptación de los cargos, parecería haber una posibilidad de trascendencia, lo que permite a Juan terminar su relato diciendo: “Yo no quiero morirme. Yo quiero vivir” (1977: 113).

150

Como última evocación testimonial, consideremos *Pedro Martínez* (1964), biografía recogida por el antropólogo Oscar Lewis. Martínez ofrece igualmente un recuento de la confusión reinante durante la Revolución, de las dudas, traiciones y cambios de bando. Insiste en la pequeñez y mala calidad de las tierras recibidas, lo que los empuja incluso a engañar y corromper al agrónomo que envía el Gobierno. Permanece en la vejez la amarga constatación de una época perdida:

I don't even believe in the Revolution any more. So far as I am concerned, the Revolution was a failure because the more peace there is, the more hunger there is. [...] Since the Revolution, we have more freedom but life is more difficult.

Nobody won the Revolution; even Zapata lost. When they talk about the Revolution, they mean Carranza's Revolution, not Zapata's. And when ambitious men mention the Revolution, it is only to rise to power. They are all carrancistas!

The success of the Revolution was no great advance. It only seemed to be because at that time we got rid of the big plantation owners and the government of Don Porfirio, who were the exploiters. But now there have appeared even more worse exploiters. Now it is the bankers. So it is the bunch that govern who are doing the exploiting... the opportunists... and the people get nothing. (Lewis, 1980: 499-500)

Martínez vive con una triste sensación de derrota, decepcionado de una Revolución que ha terminado para él con la muerte de Zapata, y que no

cumplió sus promesas. Lewis, en otra de sus obras, lo sintetiza así: “Sabía solamente que seguía siendo un pobre campesino sin tierra, y que mucho dependía del trabajo de sus hijos para lograr sus fines” (Lewis, 1977: 42). Pedro trata de solucionar los problemas de su pueblo asumiendo cargos políticos, tal como ha hecho Pérez Jolote, pero constata que cada vez existe menos gente interesada en la política, considerada como desconectada de toda realidad.

DE CÓMO FICCIONALIZAR EL ABSURDO

El complejo proceso de la Revolución Mexicana es difícil de representar, incluso para el mundo de la ficción. ¿Cómo plasmar el horror? ¿Cómo explicarlo? Quizá por medio de viñetas, de pequeños relámpagos fotográficos, de fognazos, casi de disparos, cual lo hace la escritora Nellie Campobello (1909-1986), quien evoca dicha vivencia de la atrocidad gracias a una serie de cuadros de alta poesía. De hecho, su novela *Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México* (1931) es quizá la evocación literaria más cotidiana de esta época confusa y anárquica, donde a menudo se encuentran miembros de la misma familia en los dos bandos¹⁵:

Los hombres que estaban arriba de la iglesia del Rayo ya se habían parapetado en espera del enemigo. Los enemigos eran los primos, los hermanos y amigos. Unos gritaban que viviera un general, y otros decían que viviera el contrario, por eso eran enemigos y se mataban. (Campobello, 2007: 143-144)

La novelista nos permite percibir la incapacidad para contar la realidad; quizá por ello recurre a una narradora infantil, que mira desde la ventana lo que ocurre afuera, y lo narra con toda la frescura e inocencia que caracterizan la infancia. Puesto que la mamá es la que está más al corriente, a la pequeña le gusta oír las historias y volverlas a repetir, cuando es posible. “Otras veces, cuando ella estaba contando algo, de repente se callaba, no podía seguir. Narrar el fin de todas sus gentes era todo lo que le quedaba” (Campobello, 2007: 121), y son entonces el silencio y la inmovilidad los que crean el vaso comunicante. Más tarde, Campobello escribió igualmente unos *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa* (1940), elogiosa biografía del Centauro, presentado como un estratega militar brillante.

La primera ficcionalización, no obstante, es la del médico de las tropas de Villa, Mariano Azuela (1873-1952), *Los de abajo*, novela publicada en

¹⁵ El estudio de cualquiera de las innumerables guerras civiles que han devastado el mundo (piénsese en especial en la española, o en la interminable violencia colombiana) es evidente prueba de que el fenómeno, desafortunadamente, no es exclusivo del caso mexicano.

1916 pero redactada el año anterior en Estados Unidos, donde fue publicada como folletín por el periódico *El Paso del Norte* de Texas. En la zona de Jalisco, la *bola*, la furia destructora, ciega y absurda de los primeros años de la Revolución, cabalga por sus páginas, dirigida por el indígena Demetrio Macías y tratada de controlar por el estudiante de medicina Luis Cervantes. La venganza, el odio de clases, el cansancio por el desprecio, por el sometimiento en el que se tiene a los indios, o antiguos problemas delictivos, han empujado a estos paupérrimos a la Revolución. Los campesinos, los pobres, hambreados y pillados por cada ejército que pasa, comienzan a cansarse de la pelea, a cuestionarse el sentido. El personaje Cervantes afirma: “se acaba la revolución, y se acabó todo. ¡Lástima de tanta vida segada, de tantas viudas y huérfanos, de tanta sangre vertida! Todo, ¿para qué? Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o peor que antes” (Azuela, 2009: 48). Hay que continuar hasta encontrar la razón, para impedir que los caciques retornen, para recuperar la propiedad del suelo, y que así “sean ahora los mismos hombres que han regado con su propia sangre la tierra los que cosechen los frutos que legítimamente les pertenecen” (Azuela, 2009: 67). El horror cotidiano, la muerte avasalladora y el absurdo terminan por hastiar a los combatientes, y por hacerles conocer momentos de desaliento o desilusión. Al final, se diría que sólo tiene sentido el combate en sí, “Porque si uno trae un fusil en las manos y las cartucheras llenas de tiros, seguramente que es para pelear. ¿Contra quién? ¿En favor de quiénes? ¡Eso nunca le ha importado a nadie!” (Azuela, 2009: 135). La hiel que los contamina sabe que es un inexplicable cabalgar hacia la muerte para desaparecer en la polvareda.

Sirviéndose de sus experiencias entre los indígenas Tarascos, José Rubén Romero (1890-1952) presenta en *Apuntes de un lugareño* (1932), suerte de notas autobiográficas, una interesante relación entre el combatiente y el arma que utiliza: “Los habitantes de poblado usan generalmente pistolas, como un objeto fácil de esconder; los campesinos, en la soledad de los ranchos, escopetas venaderas o carabinas” (Romero, 1976: 117), mientras que las tropas oficiales siempre llevan fusiles Remington. No obstante, es una amarga constatación la que manifiesta cuando presenta las razones de la sublevación:

¿Por qué nos hemos levantado en armas? Por la redención de las masas, por igualdad, porque tenga fin una dictadura oprobiosa. Pero una voz interior me grita: ¡hipócritas!, no se han alzado por eso. Tú, porque eres un ambicioso; Escalante, porque es un amargado; Alfonso porque es un triste y todos, porque son pobres. (Romero, 1976: 121)

El sedimentado final es la miseria. Hay entonces que amenazar, recuperar con las armas lo que no se ha logrado por medio de las palabras, por medio de la humildad. Su novela *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936) recuerda la llegada de la Revolución al estado de Michoacán. Julián, muchacho con problemas para caminar, debido a una enfermedad infantil, tiene relaciones sexuales con una amiga de la mamá, y la embaraza. El matrimonio es forzado, y lo coloca bajo la tutela de las dos mujeres, con la llegada del hijo. La Revolución, a la cual se asocia inmediatamente, es así una liberación no sólo social sino familiar. La explosión de descontento popular es presentada aquí como sin carácter oficial, con una dirección bastante improvisada y sin experiencia, tal como el protagonista:

Por la joroba del monte se deslizaban las caballerías como los carritos vertiginosos de una montaña rusa. Y los hombres de aquel ejército no ostentaban prenda alguna de la esclavitud del soldado; ni uniformes, ni quepises. Chininas sucias, del color de la tierra, coletos amarillos de badana, anchos sombreros de zoyate de los que usan las gentes del pueblo. Era una tropa de hombres unidos por un solo deseo de libertad. (Romero, 1976: 253)

Y es con este ejército de hombres poco organizados que se gana la Revolución: “Cada quien hacía la guerra como podía, y no debió hacerse del todo mal, puesto que la revolución acabó con un ejército de militares de carrera muy orgullosos de sus entorchados y de sus jerarquías”, escribe Romero (1976: 255-256). Entre los triunfadores todo el mundo podía nombrarse general u obtener con facilidad títulos de la jerarquía militar, y aquí aflora el humor negro o la ironía: “Tuvimos generales de todas las categorías, de todas las procedencias, de los más variados matices. Generales con doscientos hombres, con cincuenta, con diez, y alguno –Valladares– que traía por todo regimiento a su asistente” (1976: 275). Se triunfó, pero los políticos van a recuperar el triunfo; muchos son antiguos caciques de pueblo que sinuosamente logran encumbrarse y colocarse de nuevo en el poder. “¡Mi carne, mi pueblo, que la revolución ha hecho pedazos para que los caciques sigan mandando!” (1976: 329), grita amargamente Julián al sentir que se pierde la gran ilusión, triunfo pompa de jabón. Romero evoca la vital e igualitaria participación de la mujer durante el proceso revolucionario: “¡Mujeres mexicanas, esposas, madres, hijas, que no exhalan una queja al mirarnos partir y se consumen en su voluntaria clausura, rogando por el triunfo de una empresa que les roba lo más querido!”, y se cuestiona: “¿La revolución sabrá siquiera recordarlas a tiempo?...” (1976: 322-323). Corajudo homenaje, en país de machos, a aquellas que la gracia y el cariño populares conocen como soldaderas o Adelitas.

Por último, el humor como extremo recurso, como defensa ante el absurdo, subraya *La vida inútil de Pito Pérez* (1938). El narrador, siempre desdichado y ebrio, se permite decir lo que piensa sin cortapisas:

¿Recuerdas cuando en uno de tus bolsillos guardaste la proclama de aquel levantamiento de rebeldes? ¡Si te la encuentran nos matan! ¿Y por qué hubiéramos muerto? ¿Lo has pensado alguna vez? Hubiéramos caído por derrocar a un dictador para sustituirlo por otro. (Romero, 1970: 219)

Este diálogo con su vieja chaqueta nos muestra la vacuidad que se resiente al final del combate, en la que prima el humor amargo que no deja de recordar la novela picaresca, la malicia y la socarronería criollas; incluso la malicia indígena. Nada cambia bajo el sol, entonces. Por ello, Pito puede ser considerado como un ancestro del rebusque, de esa necesidad imperiosa de mantenerse en vida agarrándose con las uñas a lo que depara la cotidianidad.

Prolífico autor, Gregorio López y Fuentes (1895-1966) deja dos novelas en las que analiza los problemas asociados a la posesión de los terrenos agrarios: *Tierra. La revolución agraria en México* (1932) y *El indio* (1935), Premio Nacional de Literatura de ese año, donde se diría que hombre y paisaje aparecen fusionados, indígena y tierra son inseparables. Es evidente su vasto conocimiento de primera mano no solamente de los indígenas sino de la Revolución, en la cual tomó parte cabalgando con las huestes carrancistas en 1914. Su novela *Tierra*, cuyas diferentes partes cubren los años 1910 a 1920, es una especie de *requiem*, de elogio fúnebre de Emiliano Zapata, y al mismo tiempo presenta el nacimiento de la desilusión: el aspecto agrarista del combate se desvanece y desaparece con el paso de los años. Se recrean la hacienda y la ruda vida de sus trabajadores, explotados y expoliados. Podríamos equipararla a una especie de partitura musical donde el pentagrama son las infatigables líneas de alambre de púas, que encierran las tierras que el amo sigue acaparando. Los obreros “se dirigen al sitio donde comenzarán los trabajos de alambrear los terrenos, nueva propiedad del patrón. Van a prolongar el cercado que viene siendo como el enorme brazo del amo, deseoso de abarcar toda la tierra” (López y Fuentes, 1946: 14). La explotación y el sistema de endeude permanente y hereditario llenan sus páginas. El empleado de la tienda de raya hace cuentas frente al empleado: “un peso que te doy, un peso que me debes; y otro peso que te apunto, ¿no hacen en total tres pesos?” (López y Fuentes, 1946: 41). Anota y coloca luego algunas monedas en el mostrador preguntando si hay conformidad, para escuchar de labios del campesino una respuesta desgranada como una letanía: “Lo que usted diga. Yo no sé de números ni de letras” (López y Fuentes, 1946: 40). El analfabetismo del trabajador era el motor del engaño en

las tiendas. La novela describe el levantamiento de Pancho Madero y su triunfo; sin embargo, al constatar los resultados, permanece la paradoja: “¿Qué ha sido la revolución? Un tiroteo en el que murieron unos cuantos rurales” (López y Fuentes, 1946: 79). Zapata destaca como un faro en la tormenta incierta que es la Revolución, en esa polvareda que todo lo confunde e iguala:

Ese es de los nuestros. Quiero decir que nosotros somos de sus tropas. El jefe Antonio y nosotros formamos con los del Sur. Toda gente del campo. Todos de calzón y camisa y con unos sombreros como los nuestros. Zapata es moreno, alto, vestido de charro, con unos bigotazos negros. Parecido a su hermano Eufemio, pero éste es un poco más alto. ¡Y qué mal encarado el jefe Eufemio! (López y Fuentes, 1946: 82)

La hagiografía se troca entonces en mito: “Zapata deja de ser un general para convertirse en una bandera” (López y Fuentes, 1946: 102), lo que se ha vuelto más evidente con los años. Su asesinato a traición en 1919 va a ser llorado por los trabajadores: “¡Ahora sí ya asesinaron a mi padrecito! ¿Qué va a ser de nosotros los pobres? Vendrán los ricos y otra vez a la misma vida: uno que te doy, otro que te apunto... ¡Ay!” (López y Fuentes, 1946: 169). Nace entonces la incertidumbre o la esperanza mesiánica: “Existe la seguridad de que Antonio Hernández está bien muerto; pero nadie sabe dónde se halla enterrado. En cambio del general Zapata todos saben dónde está enterrado; pero nadie, en el rumbo, cree que ha muerto” (López y Fuentes, 1946: 206). Una vez que Madero llega al poder, se desestima a los combatientes dejándolos de lado. Zapata mismo constata que la revolución maderista no cumplió:

Vamos a pelear otra vez, Antonio. Se nos quiere desarmar, porque dicen que ya no necesitamos la carabina, como si se nos hubiera cumplido la promesa de las tierras [...] ¿Y las tierras? ¿Van a seguir en manos de los ricos? ¿Y nosotros vamos a seguir de esclavos de los terratenientes? Vamos a luchar otra vez y hasta recuperar las tierras que nos han quitado. (López y Fuentes, 1946: 97-99)¹⁶

Este Antonio, peón que ha combatido sin descanso, es ignorado por el candidato a representante en la Cámara, y no puede sino cuestionarse: “Bueno, ¿y qué hemos ganado nosotros?” (López y Fuentes, 1946: 89). Los que “habían soñado con que al triunfo de la revolución maderista quedarían en libertad para consagrarse a sus propias ocupaciones: sembrar a tiempo, escardar en su oportunidad y recoger los frutos antes de que, por atender trabajos ajenos,

¹⁶ La única tierra que se les otorga mide “dos metros de largo por uno de ancho”, y es donde se coloca a los zapatistas fusilados. Valga la aclaración del eufemismo, en general no son enterrados, sino colgados después de los árboles o los postes del camino, para escarmiento de los demás.

se echaran a perder en la mata” quedan decepcionados (López y Fuentes, 1946: 89-90). En las zonas en las que se intentó devolver la tierra, el principal problema encontrado fue la delimitación de linderos... hace años que se han perdido y borrado, los ancianos que los conocían han muerto o han sido asesinados. En una sociedad de tradición oral, los títulos de propiedad son por lo general inexistentes:

Hasta esta tarea resulta difícil. Durante tantos años que los hacendados han usufructuado las tierras de los pueblos, éstos han olvidado la tradición sobre los límites. El sentido común aconseja recurrir a los más viejos del lugar, para que señalen los sitios donde terminan los terrenos de un pueblo y donde comienzan los terrenos del pueblo vecino. (López y Fuentes, 1946: 146)

La Revolución es informal, no fue hecha por dos estructurados ejércitos enemigos, entrenados para el combate; por ello, “hay grupos de individuos armados en los portales, que no son verdaderos soldados de línea, ni tropas irregulares, ni nada. Pertenecen al tipo de ciudadano armado surgido de la revolución. Tienen manos campesinas de trabajador” (López y Fuentes, 1946: 93). El campesino y el indio combaten por su tierra, armados o no. López y Fuentes establece, para la zona del Sur, la diferencia entre los soldados, armados y a caballo, y los *zopilotes*, que quieren formar parte de las columnas revolucionarias, pero ni están armados ni poseen caballos; a la hora del combate deben ingeniárselas para quitárselos a los federales. En la zona Norte esto no ocurre, pues los contrabandistas cruzan con facilidad la frontera con Estados Unidos para ofrecer sus armas y pertrechos. Es difícil distinguir en la obra entre los indígenas y los campesinos o peones; es evidente, como lo destaca la novela, que a veces poca o ninguna diferencia hay. Los Yaquis son presentados como de piedra tallada, serenos e inmutables: “En las fisonomías de los indios Yaquis no hay asombro, no hay alegría, no hay tristeza, no hay nada” (López y Fuentes, 1946: 139). El indígena como parte del paisaje, perfectamente mimetizado con él, mineraloide, si recordamos la manera en que los veía Hermann de Keyserling.

En su novela *El indio*, López y Fuentes presenta a los indígenas Huastecas, Zapotecas, y otros de su estado natal, y se puede afirmar que el argumento utilizado es apenas un pretexto para brindar una especie de monografía de las costumbres y creencias de estos grupos, a la par que el olvido en que se les tiene. Son presentados como de cuerpo bello, más esbelto que fuerte:

Nada de los abultamientos musculares propios de los atletas. ¡Pero qué resistencia en la caminata y en el trabajo! Cuando apuntaba el machete para dar un golpe, el antebrazo resultaba un nudo de fibras. Cobre repujado por el sol y el esfuerzo. Estatua en movimiento, hecha de cedro nuevo. (López y Fuentes, 1977: 25)

La guerra entre blancos e indios, casi permanente, conoce un episodio de paz obligada en los momentos en que los propietarios blancos se ven necesitados de mano de obra:

El emisario no calló las verdaderas causas de las proposiciones de paz. Según lo que él había podido entender, los blancos necesitaban semaneros, los hacendados reclamaban trabajadores para sus trapiches de caña, los comerciantes se quejaban por la falta de compradores en el tianguis y los habitantes de las demás rancherías habían protestado porque sólo ellos desempeñaban las faenas, en la compostura de los caminos destruidos por las aguas: es decir, se les necesitaba y por ello se les proponía la paz. (López y Fuentes, 1977: 56)

El capítulo “Revolución” permite vislumbrar la mirada que el indígena arrojó sobre la guerra civil, considerándola uno más de los conflictos entre blancos que se resuelven mediante el *amóchitl*, el plomo que arrojan las armas de fuego: “Las denominaciones de los bandos en pugna, decían más bien poco a los oídos de los naturales. Procedían más bien por simpatías personales hacia algunos de los jefes armados o tan sólo por el temor en caso de no atender los mandatos” (López y Fuentes, 1977: 140). Para los blancos, el indio o el campesino pobre son apenas carne de cañón. Poco se sabe del líder que llegó a los poblados, sino que “además de exigir víveres, reclamó una veintena de jóvenes para que le sirvieran de guías; pero los dotó inmediatamente de carabinas e hizo que caminaran en la vanguardia. Nunca regresaron” (López y Fuentes, 1977: 141).

Después de la Revolución llegan los diputados, que ignoran todo sobre la realidad del indígena, y lo obligan a construir carreteras y caminos, sin salario; llega el sacerdote, que los fuerza chantajeándolos para que edifiquen iglesias; otros, institutores o no, con órdenes de construir escuelas. Todo ello debe ser pagado por el villorrio mismo, sin ayudas exteriores. Valga la pena destacar que en esta novela el maestro insiste en enseñar en lengua indígena, e incluso en la necesidad de elaborar diccionarios: el maestro deviene una especie de intermediario o de puente entre los dos mundos. Cuando se entera de que existe, a pesar de la abolición oficial, el pago de la contribución personal, escribe memoriales, discute con el Gobierno, busca ayudas políticas. Y constata, escuchando las quejas indias, los resultados de la reforma agraria:

Le dijeron que las tierras recibidas no habían mejorado para nada su situación económica, tanto por la falta de recursos para cultivarlas debidamente, como por falta de tiempo en vista de las exigencias de las autoridades: luego había que gestionar subsidios para hacer frente a los trabajos, refacciones para que el agricultor indígena no cayera en manos de quienes compran los productos en

la mata, herramientas e instructores para abandonar los viejos procedimientos agrícolas. (López y Fuentes, 1977: 172)

La Revolución institucionalizada y politizada olvida a los que combatieron por ella, y escasos son los cambios consecuentes; nuevos actores entran para perpetuar el sistema, apoyándose en las antiguas estructuras y en los preritos terratenientes y gobernantes.

Antropólogo de Jalisco, Francisco Camilo Rojas González (1903-1951) dejó un libro póstumo de cuentos, *El diosero* (1952), especie de abanico en el cual cada narración permite abordar una etnia diferente. Los políticos del PRI, que han recuperado la Revolución, llevan en camiones a los indios para que voten por ellos, les pagan un almuerzo y bastante mezcal o cerveza, para luego abandonarlos ebrios en la plaza, cual bultos inútiles. La expoliación de tierras que sufren los indígenas es evocada a menudo, como en el cuento “La venganza de ‘Carlos Mango’”:

Don Donatito se les metió al rancho de Endhó, sacó a los inditos quesque p’hacer colonos a los ricos del pueblo... Claro que él se echó al pico los potresos mejorcitos, al son de qu’es amigo de los probes, de esos probes que andan pidiendo limosna ahoy en el mercado. (Rojas González, 1977: 70-71)

Otro de los cuentos, “La plaza de Xoxocotla”, gira alrededor de los ofrecimientos hechos al delegado municipal por un candidato a la Presidencia, obligado a detenerse en el pueblo por la avería de su automóvil; los ciudadanos asumen que las propuestas son una manera de tratarlos como si fueran idiotas, y por ello piden varias obras. Pero una vez elegido, el presidente efectivamente cumple sus promesas de traer agua, escuela, maestra, y de rehacer la plaza central; el pueblo vuelve a tener confianza en un hombre, “como cuando créiban en Emiliano el de Anenecuilco” (Rojas González, 1977: 117). De nuevo, tenemos aquí una de las raras manifestaciones de humor en medio de las aguas revueltas mexicanas.

La traición no solamente de la Revolución, sino de la mujer que ha combatido por ella y por la condición femenina en México, constituye el argumento de la novela *La negra Angustias* (1944). La joven mulata protagonista, hija de un combatiente de la primera hora (especie de Robin Hood), vive una serie de aventuras que la llevan a asesinar a un hombre que la quiere violar, por lo cual debe huir. Tan pronto estalla la Revolución, decide comprometerse activamente con la *bola* y termina por obtener el título de coronela. El combate es mostrado aquí como un *maëlstrom*, una confusa explosión de odio popular por el abuso durante años y que justifica por ello los excesos. El inicio de la revuelta es presentado por la voz de un arriero, como si fuera un rumor que lleva el viento, rebotando en las rocas:

Ya no hay garantías “allá abajo”; los hombres se han alzado, los pueblos están solos y los caminos llenos de gente bronca y alebrestada. Gente sumisa y buena ayer, que ahora incendia, mata y roba fría y tranquilamente, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. (Rojas González, 2000: 73)

Esta violencia es para la mulata un signo de cambio necesario, que le va a permitir comprender que “sólo había un remedio contra las torturas de los pobres: la violencia; y de que la violencia manifiesta en su más alto grado cambiaba de nombre: la revolución” (Rojas González, 2000: 76). Al capturar a uno de los jefes de la banda enemiga, la protagonista le dice al sentenciarlo:

Yo voy a juzgarlo en nombre de las mujeres, de ésas de las que usted se ha burlado, ésas que ha estropeado con su brusquedad y su estúpido orgullo de macho... Las viejas, señor don Efrén hablan ahoy por mi boca, y aquí mi boca manda. (Rojas González, 2000: 88)

Como castigo, lo hace castrar y se lo envía a su querida, pidiendo que le transmitan de parte suya que “se lo he dejado de manera que ya ninguna mujer va a querer quitárselo; ¡que ella lo quiera tal como está, sólo así son menos malos los machos!...” (Rojas González, 2000: 90).

Después de haberse casado con el profesor venido de la capital¹⁷, Angustias abandona los combates y deja de vestirse como charro, y obedece ciegamente a los caprichos de su marido, incluso agachándose a amarrarle los zapatos en público. El esposo, habiendo conseguido una “chanfa” o puesto a cambio del rendimiento militar de su mujer, la presenta en secreto a sus amigos como una amante a la que le ha montado una “casa chica”. La mujer cede por amor, pero al renunciar al combate pierde, por un lado, el respeto de sus hombres, y por el otro, recibe las burlas femeninas, como si, a pesar de todo lo que ha ocurrido, fuera imposible escapar a su condición. Rojas González plantea en su novela el interrogante: ¿más importante que la dualidad que enfrenta a ricos y pobres, terratenientes y campesinos, no lo es la del hombre y la mujer? Si la liberación de la mujer se pierde en manos de los leguleyos, la Revolución igualmente es recuperada por los políticos y abogados de última hora que declaman:

La Revolución, ciudadanos, no la hacen los ignaros; la Revolución es hija de los pensadores, de los preparados... y va, fatalmente, del centro a la periferia... Nosotros propugnamos un movimiento libertario de orden científico, en donde la acción de la masa quede subordinada a los dictados de los que

17 Rojas González dedica un capítulo entero de su novela a la tarea alfabetizadora en México durante la época (2000: 150-161).

saben, de los que entienden y no al apetito de los muertos de hambre. (Rojas González, 2000: 177-178)

Si la posibilidad de un matrimonio entre el leguleyo y la negra Angustias era considerada por él como una degradación social, es evidente que piensa también que dejar la Revolución en manos de la masa combatiente es un error histórico. En la novela, un solo nombre parece concretizar la necesidad profunda de un cambio, la esperanza : Emiliano Zapata, el de Anenecuilco:

A ese hombre lo siguen los probes como a un dios porque a su sombra despierta el descontento de los de abajo y nace el miedo de los encumbrados. A un grito de él, la rebelión ha nacido en el sur de México y hoy día no hay quien la detenga: es ya un torrente que todo lo arrastra y lo destruye... (Rojas González, 2000: 74)

Emiliano y su grito de desafío guían el desenfreno de la Revolución hacia el triunfo. México se alza en armas y combate buscando recuperar las tierras; poco importa el precio que haya que pagar: “Tierra y libertad dijimos al principio, y si ahoy no alcanzamos las dos cosas, nos conformamos con la tierra, mas que sea en ese potrero de secano que se llama el camposanto” (Rojas González, 2000: 139). Más de cinco mil hombres se juntan en Cuautla, inquietos combatientes revolucionarios, con “una idea embrionaria de la justicia pura” como denominador común, grupos que persiguen unirse en un frente solidario:

Surianos de todas las regiones de Guerrero y de Morelos se hallaban reunidos en Cuautla: costeños pintos con las más exóticas coloraciones del vitiligo; indios tlapanecos altaneros, cazurros y orgullosos de su linaje; negros de la Costa Chica, parlanchines y traviesos; mestizos de la sierra, tan serenos y temerarios en la pelea, como sombríos y trágicos en la paz; criollos alegres, valentones y descarados; mulatos impulsivos y majaderos...; todo el mosaico étnico que componía la erguida población rural mexicana de aquellos días, moviéndose en un estrecho territorio, soberana de la anarquía, apenas escuchaba la voz de sus jefes, muchos de los cuales se hallaban enemistados entre sí por celos y mezquindades ajenos a la gigantesca responsabilidad que cargaban sobre sus hombros. (Rojas González, 2000: 118-119)

En medio del torbellino se hallan los combatientes indígenas: “Si alguno de los que hablaban llegaba a mencionar el nombre del pueblo nativo o de la campiña familiar, había en los rostros de los indígenas un soplo de vida y en sus pechos movimientos que desbordaban toda la melancolía” (Rojas González, 2000: 136-137). Esta “idea embrionaria”, tanto de justicia como de cambio, se pierde, ya sea por el asesinato de Zapata, ya sea por la recuperación por los hombres corruptos, por los políticos y sus leyes, de esta Revolución en la cual ellos no participaron activamente.

Aunque aborda un período anterior, en su novela *Lola Casanova* (1947) Rojas González presenta la permanente e insidiosa violencia entre blancos e indios, y las inicuas maneras que utilizan los primeros para explotar a los segundos y robar sus tierras. Hacia 1854, la rica heredera de don Diego Casanova es secuestrada el día de su matrimonio, durante una escaramuza con los indios Seris¹⁸. Después de varios combates, un contingente de indios se aleja de las propiedades ahora blancas para asentarse en otras nuevas, fabricar artesanías y establecer relaciones con los blancos, buscando un trato equitativo que les permita sobrevivir. Pero cuando les entregan algunas tierras constatan su pésima calidad, lo que no quita la posibilidad de trabajarlas. Explica con orgullo Lola:

Los Pérez o México nos dieron un trozo del desierto, nosotros en cambio, hemos devuelto un campo de cultivo; los Coyote-Iguana sacamos agua de donde no la había, de entre el arenal ha brotado un pueblo y hemos dado a los Pérez hermanos saludables y buenos, que jamás han ido a disputar fortunas ajenas... Antes bien han abierto sus brazos y partido lo suyo con los que han venido de tierras que se extienden más allá de los cerros [...] ¡Los yoremes no hemos ido hacia México, él ha venido hasta nosotros! (Rojas González, 1984: 273)

161

Los Pérez son aquí un genérico para hablar de los blancos o *yoris*, y el discurso de Lola parece una respuesta a la propuesta de “mexicanizar” al indígena.

A pesar del evidente interés de Rojas González por los indígenas, tanto en sus novelas como en los cuentos utiliza con frecuencia expresiones peyorativas para calificar sus personajes o sus acciones; acota que son de gesto imbécil, actitud salvaje, carácter bestial, caricia tosca. Denomina supersticiones sus creencias o evoca la abundancia de embriagueces embrutecedoras. De manera similar, el físico es presentado como cercano al del animal: “Garras a ratos, pezuñas por momentos” (Rojas González, 1977: 7). Las mujeres cazan con “bellaquería de raposa” o gritando con el “rostro desfigurado de rabia frenética” (Rojas González, 1984: 54 y 57).

La escritora Rosario Castellanos (1925-1974) deja dos novelas sobre los indígenas Chamulas del estado de Chiapas; se servirá para ello de los conocimientos adquiridos desde la más tierna infancia, que pasó en estrecha relación con ellos. Su bella obra *Balún-Canán* (1957) gira alrededor de Comitlán (Chiapas) durante el período de Cárdenas en el poder. Los hacendados chiapanecos, que han explotado las tierras indígenas para crear sus haciendas, siguen exigiendo su derecho de señores y amos de los indios, ejerciendo el derecho de pernada con las jóvenes, azotando a los trabajadores, mandando con desprecio. Al cambiar la ley, se niegan a pagar salarios a los indígenas, tratan de impedir la creación de las escuelas obliga-

¹⁸ Los Seris, como los Pimas y los Yaquis, son grupos indígenas que habitan la región de Sonora.

torias en lengua tzeltal¹⁹ y de sabotear las visitas del inspector agrario enviado para constatar si las nuevas leyes se cumplen en el estado. El cambio se acerca inexorablemente: “Dicen que va a venir el agrarismo, que están quitando las fincas a sus dueños y que los indios se alzaron contra sus patrones” (Castellanos, 2002: 35). Esta amenaza genera menos pasividad en los indígenas, que exigen frontalmente que las leyes justas se cumplan, ante lo cual se queja la esposa del hacendado:

¿Justo? ¿Cuando pisotea nuestros derechos, cuando nos arrebatara nuestras propiedades? Y para dárselas ¿a quiénes?, a los indios. Es que no los conoce, es que nunca se ha acercado a ellos ni ha sentido cómo apestan a suciedad y a trago. Es que nunca les ha hecho un favor para que le devolvieran ingratitud. No les ha encargado una tarea para que mida su haraganería. ¡Y son tan hipócritas, tan solapados y tan falsos! (Castellanos, 2002: 46)

La familia terminará con la hacienda quemada y enfrentada a un porvenir incierto, puesto que no hay herencia de varón que la continúe. La niña narradora deberá confrontarse con el mundo injusto de los mayores, con sus manifestaciones machistas y racistas, incomprensible para ella, pero sin capacidad para tomar una actitud activa, obligada a replegarse en su mundo de consejas y juguetes, sirviéndose de la escritura como de una anamnesis.

Castellanos vuelve de nuevo a sus recuerdos de infancia para recrearlos en *Oficio de tineblas* (1962), cual si estuviera condenada a regurgitar la memoria hasta aclarársela a sí misma, u ofrecerla como alimento a las generaciones futuras. Algunos de los aspectos de su novela anterior resurgen aquí. El terrateniente Leonardo Cifuentes es presentado como un advenedizo que, aprovechando su poder económico, ejerce su déspota ley sobre los indígenas enganchados. La inquietud en el ambiente es patente pero subterránea: “Los chamulas están inquietos desde hace meses. Se enteraron de lo de la Ley Agraria y exigen que se cumpla, que se repartan los ejidos” (Castellanos, 2003: 110). Como lo enuncia Pedro González Winiktón hablando a su esposa: “Diles que nos devuelvan la tierra. Si nos piden la sangre, si nos piden la vida se las daremos. Pero que nos devuelvan la tierra” (Castellanos, 2003: 249). El empleado que debe levantar los planos llega con preguntas concretas: “¿Tienen contrato de trabajo los peones de San José Chiuptik? ¿Se les paga el salario mínimo? ¿Cuántas horas de labor hacen su jornada? ¿Quién atiende su educación y su salud?” (Castellanos, 2003: 148), cuestionamientos que incrementan la inquietud de los propietarios. Los terratenientes intentan impedir o al menos retardar la aplicación de estas medidas, forzando a los Chamulas a rebe-

19 Esta lengua está emparentada con la familia Maya. Este grupo se sitúa hoy en la selva Lacandona, y su población asciende a 260.000 personas.

larse, preparando un estado de emergencia que implique la intervención de las tropas federales, intentando corromper a los enviados del Gobierno, involucrando a la Iglesia, manipulando la realidad, todo con un objetivo: “demostrar palpablemente a mi Gobierno y al de la Federación que las leyes sobre el reparto de tierras no podían hacerse vigentes en Chiapas sin correr el riesgo de un derramamiento de sangre” (Castellanos, 2003: 359). Cifuentes, después de la masacre de Chamulas y de la muerte del enviado del Gobierno, es elegido diputado federal; la recuperación de la situación por parte de los antiguos caciques es total.

Comenzamos este apartado literario evocando las preciosas y precisas miniaturas de Nellie Campobello, y vamos a cerrarlo con la quintaesencia lograda por un antropólogo que, si bien ha sido ampliamente trabajado, continúa siendo ineludible. Se trata de la inigualable capacidad de síntesis de Juan Rulfo (1918-1986), cuya obra es tal vez la que concretiza mejor la desilusión y el engaño de la reforma agraria, el desencanto de la Revolución traicionada. Rulfo dejó una obra bañada por el período posrevolucionario y la Guerra Cristera. Su libro de cuentos *El llano en llamas* (1953) es una destilación perfecta del problema que nos ocupa, en especial su cuento “Nos han dado la tierra”. La tierra recibida está lejos del pueblo, perdida en la montaña, sin sombra, sin plantas, árida. Los protagonistas han peleado en la Revolución, pues afirman que “antes andábamos a caballo y traíamos terciada una carabina” (Rulfo, 1996: 9). Pero una vez entregados los fusiles, perdidos los caballos y destruida la organización, el Estado cumple entregando este pegujal. “Nadie les dijo que se les iba a dotar con tierras de riego”, dice con sorna el delegado. La respuesta es como un escupitajo, como la única gota que cae del cielo a golpear el terreno reseco. Es como “si a la tierra le hubieran crecido espinas”, leemos en el cuento “Luvina” (1996: 104). Aquí el Gobierno cumple, pero con tierras fatigadas y estériles, lo que hace que los campesinos recuerden al lejano poder, añadiendo: “de lo que no sabemos nada es de la madre del gobierno” (1996: 110). Pero estos gritos resuenan ahora huecos y permanecen sin respuesta: no hay fusil que los haga respetar.

La novela *Pedro Páramo* (1955) está similarmente llena de referencias a esa tierra siempre esperada y postergada que cuando llega es apenas un mero vendaval permanente de polvo, de sequía irredenta; tierra donde lo que crece es amargo, ácido. Las semillas traídas de otras zonas tampoco fructifican, cual un castigo, y el labriego se ve obligado a lamentarse: “después pensé que hubiera sido mejor dejarlas allá donde maduraran, ya que aquí las traje a morir” (Rulfo, 1996: 249). La tierra es un “valle de lágrimas” (1996: 208) condenado a la esterilidad, como las promesas de la Revolución, como el cambio esperado. La obra tiene referencias implícitas a los cambios de bando durante la contienda, a las amenazas contra los enviados del Gobierno, al desconocimiento de las leyes por

parte de los terratenientes como Pedro Páramo, que incluso afirma desafiante: “la Ley de ahora en adelante la vamos a hacer nosotros” (1996: 217). La respuesta del comisionado del Gobierno ante las protestas notariadas del enviado de Pedro Páramo es certera e indica el futuro: “Con ese papel nos vamos a limpiar usted y yo, don Fulgor, porque no va a servir para otra cosa. Y eso usted lo sabe” (1996: 210). No deja de ser interesante ver aquí esta incorruptibilidad del comisionado, que en general aparece en las novelas como un burócrata altamente venal. Puesto que el comisionado no entiende las amenazas veladas o abiertas, se le ahorca, cerrando después el cuarto para que ni siquiera exista una sepultura. Ante esta actitud de los poderosos, frente a la frustración de la Revolución expoliada, no queda sino la protesta, aunque ella no sirva para nada y haya que recomenzar todo de nuevo.

CIERRE TEMPORAL

La Revolución ha sido recuperada para establecer un autoritarismo unipartidista: el PRM o Partido de la Revolución Mexicana, que nace en 1946 y que con los años se convertirá en PRI o Partido Revolucionario Institucional; gobernará imperturbable y sordo los destinos del país hasta el año 2000. Curiosa paradoja: la revolución institucionalizada es imposible y contradictoria, es escamotear el triunfo de otros para sentarse en él y mantener un statu quo de la situación económica y social. Este escamoteo es ampliamente ilustrado por las novelas de la Revolución, y quizá ello se explique por la participación de muchos de sus autores en la rebelión, o por los recuerdos como testigos oculares durante la infancia y juventud. La sensación de amargura y de decepción es patente, y ni siquiera la aparición del humor logra borrarla o suavizarla. La constatación de una expoliación de tierras, de los abusos, de la violación de mujeres e hijas de los indígenas y campesinos, el robo en la tienda de raya, la opresión y el desprecio son elementos constantes y recurrentes en todas las obras. En medio del caos que conlleva la rebelión, es evidente en los textos la notoria participación del indígena, la colaboración de las mujeres –tanto en la Revolución como en la Guerra Cristera–, de las Adelitas siempre al lado de sus hombres, con las armas y la ternura. No obstante, la *chingada* seguirá siendo una víctima, a medio camino entre la Malinche y la Virgen de Guadalupe, a medio camino entre lo que los hombres desean y lo que pueden soportar. Muchas son las evocaciones adicionales de la traición de la que se resienten y heredaron los combatientes, y de la importancia ineluctable de un líder que se haga respetar y querer de sus huestes. Y la esperanza, la ilusión del retorno de Emiliano el de Anenecuilco, del centauro Villa, o de cualquier otra posibilidad unificadora y vengadora.

El caballo blanco de Zapata cabalga todavía por las sierras resacas, el milenarismo sigue sin concretizarse... El 8 de agosto, aniversario del nacimiento de Zapata, en su villa natal los habitantes se reúnen a evocarlo, después de lo cual “la melancolía y el silencio se apoderan de nuevo del pueblo” (Womack, 1976: 493). Es “un pueblo fiel a su fe”, como se denomina el cierre de esta biografía del carismático líder.

Si no hay una política coherente a lo largo de la primera mitad del siglo XX, tampoco hay una visión totalizadora de la Revolución; sintetizarla es imposible, desenredar su ovillo, tarea perdida, pretensión fatua. En palabras de John Womack:

Lo que sucedió realmente fue una lucha por el poder, en la cual las diferentes facciones revolucionarias no contendían únicamente contra el Antiguo Régimen y los intereses extranjeros, sino también, a menudo más aún, las unas contra las otras, por cuestiones tan profundas como la clase social y tan superficiales como la envidia. (Womack, 2000: 80)

La escritura, y de seguro también la lectura, de toda esta suma de artículos, testimonios, novelas, cuentos, ¿no es igualmente una catarsis para liberarse de este magma oscuro, tan profundo como superficial, que es el intento de comprensión de la Revolución Mexicana?

La ley de reforma agraria fue promulgada en la Constitución de 1917, que por cierto se apoyaba también en los escritos de Flores Magón, pero no fueron puestos en marcha todos los mecanismos necesarios para su certera aplicación; leyes sin decreto de aplicación. Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) va a terminar oficialmente con la reforma, lo que genera al final de su mandato, entre otras, la reiterada sublevación de Chiapas: en 1994 nace el EZLN, Ejército Zapatista de Liberación Nacional, para revivir las exigencias de una reforma agraria siempre incompleta. Este estado, en rebelión desde la época de Bartolomé de las Casas, no ha cesado de hacer oír su voz, continuando incluso en nuestros días su inconclusa protesta, liderada ahora por el Subcomandante Marcos. ¿Estamos cerca de otro levantamiento armado? ¿De una serie de pequeñas rebeliones regionales? Esta segunda posibilidad aparece como más viable, si se tienen en cuenta las inmensas diferencias sociales y económicas entre los estados del país.

Una situación similar a la que se vio durante la Conquista se repite: el poder que emite las leyes está demasiado alejado geográficamente para garantizar su aplicación, no conoce la realidad sobre el terreno, delega el trabajo duro; confía en que su ejecución la efectúen empleados mal pagados y menos motivados; no nombra los jueces encargados de sancionar el incumplimiento de sus ordenanzas. Los terratenientes, con años de experiencia, con armas y la posibilidad de plegar la ley de su lado, siguen comandando en las campañas mexicanas. ✨

REFERENCIAS**1. Azuela, Mariano**

2009 [1916]. *Los de abajo: novela de la Revolución mexicana*. México, Fondo de Cultura Económica.

2. Barba Jacob, Porfirio

2009. *Escritos mexicanos*, investigación, selección y prólogo de Eduardo García Aguilar. Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

3. Bobinska, Klara

1972. Estructura agraria de México después de la realización de la reforma agraria. *Estudios Latinoamericanos* 1, pp. 44-100, www.ikl.org.pl/Estudios/EL01_02_bob.pdf. Consultado en 2/02/2012.

4. Campobello, Nellie

2007. Cartucho [1931]. En *Obra reunida*, prólogo de Juan Bautista Aguilar, pp. 91-163. México, Fondo de Cultura Económica.

5. Castellanos, Rosario

2002 [1957]. *Balún-Canán*, México, Fondo de Cultura Económica.

6. Castellanos, Rosario

2003. *Oficio de tinieblas*, México, Joaquín Mortiz.

7. Cobo-Maurice, Jacqueline

1999. *La révolution mexicaine. Son passé et son présent*. Paris: Ellipses.

8. Deverre, Christian

1980. *Indiens ou Paysans*. Paris, Le Sycomore.

9. Esparza R., Juan Carlos

La Guerra Cristera (1926-1929). Consultado el 5 de junio del 2012 en www.liceus.com/cgi-bin/ac/pu/crist.asp

10. Fell, Claude

1989. *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México Postrevolucionario*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

11. Flores Magón, Ricardo

2004 [1910]. *La révolution mexicaine*, traduction de l'espagnol par Les Amis de Spartacus. Paris, Spartacus.

12. Flores Magón, Ricardo

1910. *Regeneración*. Consultado el 10 de junio de 2012 en www.bibliotecas.tv/zapata/tierra_y_libertad/regeneracion01octubre1910.htm

13. Gilly, Adolfo

1995. *La Révolution mexicaine. 1910-1920: une révolution interrompue, une guerre paysanne pour la terre et le pouvoir*, traduction de l'espagnol de Pierre-Luc Abramson et Jean-Pierre Paute. Paris, Syllepse, collection Coyoacán.

14. Gouy-Gilbert, Cécile

1983. *Une résistance indienne. Les Yaquis du Sonora*, introduction de Michel Antochiw K. Lyon, Éditions Fédérop.

15. Lewis, Oscar

1977 [1959]. Un día en un pueblo mexicano: la familia Martínez, *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, prólogo de Olivier La Farge, traducción del inglés de Emma Sánchez Ramírez, pp. 33-63. Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

16. Lewis, Oscar

1980 [1964]. *Pedro Martínez. A Mexican Peasant and His Family*. Middlesex, Penguin Books.

- 17. López y Fuentes, Gregorio**
1946 [1932]. *Tierra. La revolución agraria en México*, prólogo de E. Abreu Gómez. México, Ediciones Botas.
- 18. López y Fuentes, Gregorio**
1977 [1935]. *El Indio*, prólogo de Loló de la Torre. La Habana, Casa de las Américas.
- 19. Lynch, John**
2000. La Iglesia católica en América Latina, 1830-1930. En *Historia de América Latina*, tomo 8, *América Latina: cultura y sociedad. 1830-1930*, ed. Leslie Bethell, traducido del inglés por Jordi Beltrán y Angels Solá, pp. 65-122. Barcelona, Editorial Crítica & Cambridge University Press.
- 20. Manigat, Leslie**
1973. *L'Amérique Latine au XXe siècle*. París, Éditions Richelieu & Imprimerie Nationale.
- 21. Mejía Piñeros, María Consuelo y Sergio Sarmiento Silva**
1987. *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, Siglo XXI Editores.
- 22. Meyer, Jean**
2000. México: Revolución y reconstrucción en los años veinte. En *Historia de América Latina*, vol. 9, *México, América Central y el Caribe, c. 1870-1930*, ed. Leslie Bethell, traducción de Jordi Beltrán y María Escudero, pp. 146-180. Barcelona, Editorial Crítica.
- 23. Meyer, Jean**
2010. *La Révolution mexicaine. 1910-1940*, postface de Gilles Bataillon. París, Tallandier.
- 24. Ponce, Néstor**
2009. *Le Mexique. Conflits, rêves et miroirs*. Nantes, Éditions du Temps.
- 25. Pozas A, Ricardo (ed.)**
1977 [1952]. *Juan Pérez Jolote. Biografía de un Tzotzil*. México, Fondo de Cultura Económica.
- 26. Pozas A, Ricardo e Isabel Pozas**
1982. *Los indios en las clases sociales de México*. México, Siglo XXI Editores.
- 27. Reed, John**
1987. Autobiografía: casi treinta. En *El cocinero y el capitán temerario. Reportajes, relatos y poemas*, traducido del inglés por la revista *Teorema*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia.
- 28. Reed, John**
1996 [1914]. *Le Mexique insurgé*, traduction de François Maspéro. París, Éditions du Seuil.
- 29. Rojas González, Francisco**
1977 [1952]. *El diosero*. México, Fondo de Cultura Económica.
- 30. Rojas González, Francisco**
1984 [1947]. *Lola Casanova*. México, Fondo de Cultura Económica.
- 31. Rojas Gonzalez, Francisco**
2000 [1944]. *La negra Angustias*. México, Fondo de Cultura Económica.
- 32. Romero, José Rubén**
1970 [1938]. *La vida inútil de Pito Pérez*. México, Editorial Porrúa.
- 33. Romero, José Rubén**
1976. *Apuntes de un lugareño* [1932]/ *Mi caballo, mi perro y mi rifle* [1936]/ *Rosenda*, prólogo de Marta Carrodegua Casal. La Habana, Ediciones Huracán, Editorial de Arte y Literatura.
- 34. Rouquié, Alain**
1998. *Amérique latine. Introduction à l'Extrême-Occident*. París, Éditions du Seuil, nouvelle édition revue et augmentée.
- 35. Rulfo, Juan**
1996. *Toda la obra*, edición crítica de Claude Fell. Madrid y París, Colección Archivos / ALLCA XX / Unesco.

36. Silva Herzog, Jesús

1977. *La révolution mexicaine*, traduit de l'espagnol par Raquel Thiercelin. Paris, François Maspero.

37. Vallejo, Fernando

2008. *Barba Jacob el mensajero*. Bogotá, Alfaguara.

38. Vézina, Catherine

2009. Naissance de l'autoritarisme et développement modernisateur. Survol historiographique du cas mexicain (1946-1952). En *Histoire(s) de l'Amérique latine*, volumen 3. Consultado el 15 de enero de 2012 en www.hisal.org/03-2009

39. Warman, Arturo

2003. La reforma agraria: una visión de largo plazo. En *Land Reform, Réforme Agraire, Reforma Agraria*, FAO Corporate Document Repository, N° 2. Consultado el 2 de febrero de 2012 en www.fao.org/DOCREP/006/J0415T/j0415t09/htm

40. Womack, John

1976. *Emiliano Zapata et la révolution mexicaine*, traduit de l'anglais par Frédéric Illouz. Paris, François Maspero.

41. Womack, John

2000. La Revolución mexicana, 1910-1920. En *Historia de América Latina*, vol. 9, *México, América Central y el Caribe, c. 1870-1930*, ed. Leslie Bethell, traducción de Jordi Beltrán y María Escudero, pp. 78-145. Barcelona, Editorial Crítica.